

Redescubrir la misericordia en clave sacramental

Isabel Corpas de Posada – Amerindia Colombia*

Resumen

Acogiendo la invitación de Francisco en *Miseriordiae vultus* a redescubrir las obras de misericordia (MV 13), me propongo abordar el tema de la misericordia desde la sacramentalidad, preguntándome por qué la palabra parece haber estado desprestigiada y recorriendo a continuación las páginas de la Escritura y del magisterio del papa Francisco desde la perspectiva de la misericordia para resaltar la sacramentalidad del hacer misericordioso del Padre en Jesús de Nazaret y la sacramentalidad del hacer misericordioso de Jesús en la Iglesia, como también la sacramentalidad del encuentro con el prójimo en quien Cristo Resucitado está real y verdaderamente presente como en la eucaristía.

Palabras clave

Misericordia, compasión, sacramentalidad, sacramento de la misericordia, sacramento del encuentro con el prójimo

Reflexionar sobre y desde la misericordia fue el proyecto de Amerindia Colombia para trabajar durante el año 2016. La ocasión, obviamente, la convocatoria del “Año de la Misericordia” hecha por el papa Francisco en marzo de 2015: “un Jubileo extraordinario que tenga en el centro la misericordia de Dios”, y que convocó –dijo– para “hacer más evidente la misión de la Iglesia de ser testigo de la misericordia”.

Escogí abordar el tema desde la sacramentalidad, teniendo en cuenta anteriores trabajos y porque creo firmemente en la presencia real del Resucitado –como en la eucaristía– en quienes

* Licenciada (1975), Magíster (1977) y Doctora (1984) en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Fue profesora de Teología Sacramental en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad de San Buenaventura de Bogotá. Es autora de libros y artículos publicados sobre temas especializados de teología y estudios del hecho religioso. Actualmente es investigadora independiente. Es miembro fundadora de la Asociación Colombiana de Teólogas y de la Red de Teólogas y Teólogos Javerianos; miembro de Amerindia, del Instituto Colombiano para el Estudio de las Religiones (ICER) y del Centro Ecuménico de Formación e Investigación Teológica (CEFIT). Es madre de cinco hijos y abuela de doce nietos. Correo electrónico: isabelcorpas@hotmail.com

esperan que nos aproximemos para atender sus carencias y necesidades. Es el sacramento del encuentro con el prójimo –sacramento de la misericordia– que Jesús instituyó en la parábola del juicio a las naciones: “lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron” (Mt 25,40). También acogiendo la invitación de Francisco en *Misericordiae vultus* a redescubrir las obras de misericordia: “Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de misericordia” (MV 15).

La reflexión me llevó a preguntarme por qué la palabra no había hecho parte de mi vocabulario ni se me había ocurrido antes abordar el tema de la misericordia; a recorrer en la Biblia el hacer misericordioso de Dios revelado en el hacer misericordioso de Jesús de Nazaret; a repasar los escritos de Francisco sobre la misericordia; a recoger testimonios de misericordia compartidos en la minga teológica organizada por Amerindia Colombia; y, para plantear la sacramentalidad de la misericordia, a revisar mis apuntes de teología sacramental, donde pude constatar que el tema de la misericordia no formaba parte de mis preocupaciones teológicas: en mi libro *Teología de los sacramentos. Experiencia cristiana y lenguaje sacramental eclesial* solamente aparece una vez la palabra misericordia y como parte de una cita de la carta a Tito.

1. ¿Una palabra desprestigiada?

Debo comenzar reconociendo que cuando abrí los ojos a la vida vi a mi papá ejerciendo su profesión de médico como un servicio en el que sus preferidos eran los pacientes de los que entonces se llamaban “hospitales de caridad” y a mi mamá la recuerdo recibiendo la visita de gentes que buscaban su ayuda y con quienes se mostraba generosa, servicial y comprometida, tratando de ayudar a resolver las necesidades que le planteaban. Creo que en ese hogar se practicaban las obras de misericordia cuya lista aprendí en el Catecismo del padre Astete. Y creo también que en mi familia no se usaba la palabra misericordia para referirse a las prácticas que hacían parte del diario vivir.

En mi reflexión teológica, preferí interpretar y denominar dichas prácticas como servicio, como solidaridad, como compromiso con las personas necesitadas, como altruismo, como promoción de la justicia, incluso como acción social y obras de caridad: la misericordia me parecía manifestación de una actitud paternalista y la palabra no me conmovía. Tampoco su sinónimo, la compasión, que asociaba con un sentimiento de lástima a pesar de su riqueza etimológica: padecer con, compartir el dolor, apropiarse del sufrimiento ajeno. Por lo demás, tenía claro que la misericordia era atributo divino, al igual que la omnipotencia y otros que el padre Astete reunió en la definición de Dios, “infinitamente bueno, sabio, justo poderoso, principio y fin de todas las cosas”, aunque la misericordia no aparezca en la lista. La Salve sí daba a María el título de “Madre de misericordia”, que tampoco me conmovía. Ni siquiera sus “ojos misericordiosos”.

Por eso recurrí siempre a la palabra solidaridad para interpretar y expresar la respuesta de Dios al clamor del pueblo de Israel, la de Jesús de Nazaret a los ruegos de quienes le pedían curación y a las necesidades que intuía en quienes lo seguían, la de discípulas y discípulos de todos los siglos llamados a *a-proximarnos* a quienes esperan nuestra ayuda al borde del camino y en quienes Cristo está sacramentalmente presente: real y verdaderamente como en la eucaristía.

¿Por qué no había caído en cuenta que la historia de la salvación es, al mismo tiempo, historia de misericordia? ¿Por qué había pasado por alto que en esta historia del hacer misericordioso de Dios, su amor salva porque brota de sus entrañas? ¿Por qué se me escapó que la palabra misericordia y su sinónimo compasión –junto con el sentimiento que expresan– han estado presentes en la historia del cristianismo, resuenan en los evangelios y el Antiguo Testamento los proclama? ¿Por qué no deduje que la sacramentalidad de Cristo y la sacramentalidad de la Iglesia se realizan en la visibilización de la misericordia? Lo que sí tenía claro –aunque las dos palabras no hicieran parte de mi vocabulario– es la invitación de Jesús a hacernos prójimos de quienes nos necesitan, a ponernos a su servicio, a descubrir en ellos y en ellas su presencia sacramental.

Desde mi perplejidad, volví a leer *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados* que escribió Jon Sobrino en 1992 y acudí a dos libros de Walter Kasper, *El desafío de la misericordia*, publicado en 2015, y *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, publicado en 2013, el libro que su autor entregó al cardenal Bergoglio durante el cónclave de 2013 y que cuando “leyó el título, se emocionó visiblemente y dijo con toda

espontaneidad: *Misericordia, questo è il nome del nostro Dio*” (Loc 90), cuenta el mismo autor en el Prólogo de la edición 2015.

Debo decir que descubrí en Sobrino coincidencias con mis reparos:

El término “misericordia” hay que entenderlo bien, porque puede connotar cosas verdaderas y buenas, pero también cosas insuficientes y hasta peligrosas: sentimiento de compasión (con el peligro de que no vaya acompañado de una praxis), “obras de misericordia” (con el peligro de que no se analicen las causas del sufrimiento), alivio de necesidades individuales (con el peligro de abandonar la transformación de las estructuras), actitudes paternas (con el peligro de paternalismo) (32).

Encontré que Kasper, por su parte, lamenta que “un tema tan central y fundamental se haya pasado imperdonablemente por alto en la teología sistemática y se haya reducido a una pequeña voz bajo el término ‘justicia’, con respecto a la cual, además, los autores muestran dificultades” (*Desafío* Loc 131). También le dio la razón a mis reparos el artículo de Rafael Vásquez Jiménez –profesor del Seminario de Málaga y del ISCR San Pablo– al decir que “la misericordia, siendo un tema fundamental en la Sagrada Escritura, no ha tenido una adecuada consideración en el campo de la teología, ocupando un lugar marginal tanto en los diccionarios como en los manuales de dogmática; y ha sido tratado como uno más de los atributos divinos que derivan de la esencia del ser de Dios desde un punto de vista metafísico: eternidad, omnipresencia, omnipotencia, omnisciencia, infinitud, impasibilidad, etc.” y que el principio de la misericordia “no ha sido tomado como elemento de primer orden estructurador ni de la teología dogmática ni, consecuentemente, de la configuración de la Iglesia a partir del fundamento de la misericordia” (24). Lo cual no significa, precisa el mismo autor que “la Iglesia no esté regada por innumerables experiencias de caridad y de amor al prójimo”, sino que “no se ha estructurado la vida de la Iglesia a partir de este principio de la misericordia” (25). Y Víctor Martínez reconoce que “nos quedamos cortos cuando consideramos que la misericordia se asemeja a sentir lástima, cuya respuesta me dejará siendo el mismo. Mi reacción de lástima ante el otro me hace recuperar la tranquilidad de aquello que pudo sobresaltarme” (25-26). Léon-Dufour anotaba, que la identificación de la palabra con la compasión y el perdón “podría velar la riqueza concreta que Israel, en virtud de su experiencia, encerraba en la palabra” (475).

Para evitar los malentendidos a los que se presta la palabra, del mismo modo como Bloch se refería al “principio-esperanza”, Sobrino proponía hablar de “principio-misericordia”, que entiende como “un específico amor que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga una determinada dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso. Ese ‘principio-misericordia’ –creemos– es el principio fundamental de la actuación de Dios y de Jesús, y debe serlo de la Iglesia” (32). También de la teología que, desde la perspectiva de la Iglesia de la misericordia, propone que sea “*intellectus misericordiae (iustitiae, liberationis)*”, y concluye que “no otra cosa es la teología de la liberación” (44).

2. La historia de la salvación leída como historia del hacer misericordioso de Dios

El paso siguiente, en consecuencia, era recorrer el hacer misericordioso de Dios en la historia de la salvación que, como escribe Francisco en *Evangelii gaudium*, “la salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia” (EG 112) y, en *Misericordiae vultus*, “la misericordia hace de la historia de Dios con Israel una historia de salvación” (MV 7). Es decir, leer la historia de la salvación como historia de misericordia y “descubrir –al decir de Víctor Martínez– la acción misericordiosa de Dios en los acontecimientos personales y colectivos” (24).

Para el Antiguo Testamento acudí al *Vocabulario de Teología Bíblica* de Léon-Dufour, que precisa cómo, para Israel, “la misericordia se halla en la confluencia de dos corrientes de pensamiento, la compasión y la fidelidad” (475). El primer término corresponde a un sentimiento que “tiene su asiento en el seno materno (*rehem*), en las entrañas (*rahamin*) –nosotros diríamos: el corazón– de un padre, o de un hermano” (476). ¡Yo diría de una madre! Como escribe la teóloga Elizabeth Johnson, Dios tiene los sentimientos “de una madre con el hijo nacido de sus entrañas” (24). También Victorino Pérez anota que “Dios se manifiesta más como *madre* que como padre. *Tiene entrañas de misericordia*. La palabra hebrea *rahamin* es la misma que se usa para designar el *seno / útero materno*, pero también para *compasión*, para *ternura* y para *misericordia*” (52 Resaltados en el original). El otro término, *hesed*, se refiere a “la piedad, relación que une a dos seres e implica fidelidad” (475), según Léon-Dufour, quien también precisa que “las traducciones de las palabras hebreas y griegas oscilan de la misericordia al amor,

pasando por la ternura, la piedad, la conmiseración, la compasión, la clemencia, la bondad y hasta la gracia (heb. *hen*)” (Ibídem).

Se evidencia esta diversidad en la terminología al comparar una perícopa, a manera de ejemplo, en tres versiones de la Biblia que acostumbro consultar. Cuando Moisés sube al monte después de haber encontrado al pueblo adorando al becerro de oro, Yahvé se revela al pasar delante de él como “¡El Señor! ¡El Señor! ¡Dios tierno y compasivo, paciente y grande en amor y verdad” (Ex 34,6), según la versión *Dios habla hoy* de las Sociedades Bíblicas Unidas; “Yahvéh, Yahvéh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad”, según la *Biblia de Jerusalén*; “el Señor, el Señor, el Dios compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel” en la traducción de Luis Alonso Schökel y Juan Mateos. Me sacó del apuro el *Vocabulario de Teología Bíblica* que propone la siguiente traducción: “Yahvé es un Dios de ternura (*raham*) y de gracia (*hanum*), lento para la ira y abundante en misericordia (*hesed*)” (477).

Pero independientemente de cualquier diversidad de términos, como precisa Jon Sobrino, la misericordia está en el origen del proceso salvífico de la liberación de Israel, es el “principio configurador de toda la acción de Dios” y a través “de sucesivas acciones de misericordia, se revela el mismo Dios” (33); y, parafraseando la Escritura, concluye “que, si en el principio absoluto-divino ‘está la palabra’ (Jn 1,1) y a través de ella surgió la creación (Gen 1,1), en el principio absoluto histórico-salvífico está la misericordia y esta se mantiene constante en el proceso salvífico de Dios” (33-34). Lo que para Kasper significa que “Dios tiene un corazón para los míseros” (*Desafío* Loc 316), que “se deja conmover y tocar por la miseria del hombre, es un Dios compasivo” (Loc 318). Y esta es la trama de todo el Antiguo Testamento.

También del Nuevo Testamento. Que repasé en el texto griego y con la ayuda del *Manual de Concordancias* del padre Pedro Ortiz. Los evangelios registran que a Jesús, como al Padre Dios, se le conmovieron las entrañas (σπλαγχνισμοι: las tres versiones consultadas traducen por “sintió compasión” o “le dio lástima”) cuando vio que quienes lo seguían “estaban cansados y abatidos” (Mt 9,36); cuando vio a la gente que hacía tres días estaba con él y no tenían “nada qué comer” (Mt 15,32; Mc 8,2); cuando vio a la multitud “al bajar de la barca” (Mt 14,14; Mc 6,34); cuando vio a los dos ciegos sentados al borde del camino al salir de Jericó (Mt 20,34) y al leproso (Mc 1,41); cuando vio a la viuda que llevaba a enterrar a su hijo (Lc 7,13).

No precisan los evangelistas que Jesús sintiera compasión por la mujer que tenía un flujo de sangre (Mt 9,20-22; Mc 5,25-34; Lc 8,43,48), por Zaqueo cuando lo vio trepado en un sicomoro

(Lc 19,1-9), por la mujer encorvada a la que liberó de su enfermedad (Lc 13,10-13) o por la que iban a apedrear por haberla sorprendido en adulterio (Jn 8,9-11). No hacía falta precisar que los miró con misericordia o tuvo compasión de ellos y de ellas: los signos que Jesús realizaba tenían siempre el distintivo de la misericordia. Más aún, la necesidad de misericordia y el hacer misericordioso de Jesús que lo mueve al encuentro de quien lo necesita son el hilo conductor de los evangelios: “Ten compasión” (ελεεω: que se traduce por “tener compasión” o “ser misericordioso”) le suplican a Jesús dos ciegos (Mt 9,27; Mt 20,30-31), también el ciego Bartimeo (Mc 10,47-48) y el ciego de Jericó (Lc 18,38-39), los diez leprosos (Lc 17,13), la mujer cananea cuya hija tenía un demonio que la hacía sufrir (Mt 15,22) y el padre del joven que también sufría porque tenía un demonio (Mt 17,15; Mc 9,22), petición que en el evangelio de Marcos es a que se le conmuevan las entrañas pues utiliza la palabra σπλαγχνισμοι.

Sobrino anota que “la misericordia no es lo único que ejerce Jesús, pero sí es lo que está en su origen y lo que configura toda su vida, su misión y su destino. A veces aparece explícitamente en los relatos evangélicos la palabra ‘misericordia’ y a veces no. Pero con independencia de ello, siempre aparece como trasfondo de la actuación de Jesús el sufrimiento de las mayorías, de los pobres, de los débiles, de los privados de dignidad, ante quienes se le conmueven las entrañas. Y esas entrañas conmovidas son las que configuran todo lo que él es: su saber, su esperar, su actuar y su celebrar” (37).

Y es que el hacer misericordioso de Jesús revela el hacer misericordioso del Padre. Lo que explica en la parábola del padre al que se le conmovieron las entrañas (σπλαγχνισμοι, que la versión *Dios habla hoy* traduce por “sintió compasión”; la Biblia de Jerusalén por “conmovido”; y Luis Alonso Schökel y Juan Mateos por “se enterneció”) cuando vio regresar al hijo que se había ido de la casa (Lc 15,20).

Ahora bien, no solamente la misericordia es en los evangelios el distintivo de Jesús sino que debe ser el de sus seguidores y seguidoras. El evangelio de Lucas recoge la invitación perentoria de Jesús a ser misericordiosos —o compasivos— como el Padre que, según la traducción del griego οἰκτιρμονες en la versión *Dios habla hoy* es compasivo, en la *Biblia de Jerusalén* es misericordioso y para Luis Alonso Schökel y Juan Mateos es generoso (Lc 6,36).

Y Jesús explica en una parábola, también, cómo es el hacer misericordioso al que invita a sus discípulos y discípulas: como el del samaritano al que se le conmovieron las entrañas (σπλαγχνισμοι, que la versión *Dios habla hoy* y la *Biblia de Jerusalén* traducen por “sintió

compasión” y “tuvo compasión”, Luis Alonso Schökel y Juan Mateos por “le dio lástima”) cuando vio al hombre herido al borde del camino (Lc 10,34) y se a-proximó, se hizo prójimo, en un encuentro que se hace sacramental cuando en ese hombre herido al borde del camino que representa a quienes esperan que nos acerquemos para atender su necesidad descubrimos la presencia sacramental de Cristo: “lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo –a mí, traduce la Biblia de Jerusalén– me lo hicieron” (Mt 25,40).

3. Visibilización de la palabra misericordia y de su significado

Francisco puso la palabra sobre el tapete con motivo del “Año de la Misericordia” y recordó una vez más su significado en la bula *Misericordiae vultus*, respaldando la palabra y su significado con sus propios gestos siempre convincentes. Esos que son el sello personal del obispo de Roma. Esos que caracterizaban al arzobispo de Buenos Aires que, al decir de su biógrafo Austen Ivereigh en *El gran reformador*, insistía “en que la Iglesia debía ofrecer lo que él llamaba su ‘anuncio primordial’ –la experiencia del amor misericordioso de Dios–” (E-book Loc 1305), comoquiera que, escribió también Ivereigh, “a lo largo de su vida, Bergoglio ha insistido en ese atributo de Dios que toma la iniciativa, que sale a nuestro encuentro, que nos sorprende con su perdón” (E-book Loc 415). Por eso, sin duda, el arzobispo Bergoglio escogió como lema la frase “*Miserando atque eligendo*” de la llamada de Mateo en el comentario de Beda el Venerable (Cf. MV 8) y acuñó el verbo “misericordiar” que gusta repetir en sus escritos y en sus homilias.

En *Misericordiae vultus* –repito– Francisco recordó una vez más el significado de la palabra misericordia. Porque también en *Evangelii gaudium* había desarrollado el tema de la misericordia al proponer “una Iglesia en salida” –que sepa adelantarse, tomar la iniciativa, ir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos– porque “vive un deseo inagotable de misericordia fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva” (EG 24). También cuando afirma que “la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la buena vida del evangelio” (EG 114). Y en la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* propuso, citando *Misericordiae vultus*, que “frente a las más diversas situaciones que afectan a la familia ‘la Iglesia tiene la misión de

anunciar la misericordia de Dios' (MV 407)" (AL 309) y abordó temas candentes bajo el subtítulo de "La lógica de la misericordia pastoral" (AL 307-312). Dicho de otra manera, Francisco visibilizó y dio protagonismo a la misericordia y al hacer misericordioso. Más aún, al decir de Kasper, "el papa Francisco ha hecho de la misericordia el tema central de su pontificado" (*Desafío* Loc 168).

En las páginas de *Misericordiae vultus* Francisco recorre la historia de la salvación. Recuerda que "la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros. Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y tangible. El amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta" (MV 9). Es amor misericordioso. Y precisa:

La misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor "visceral". Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón (MV 6).

Desde esta precisión resalta el lugar de la misericordia divina en la historia de la salvación, que la bula proclama con el salmo 136, evocando el relato de la primera eucaristía en la que, según la versión de Mateo, Jesús oró con las palabras del salmista:

"Eterna es su misericordia": es el estribillo que acompaña cada verso del salmo 136 mientras se narra la historia de la revelación de Dios. En razón de la misericordia, todas las vicisitudes del Antiguo Testamento están cargadas de un profundo valor salvífico. La misericordia hace de la historia de Dios con Israel una historia de salvación. Repetir continuamente "Eterna es su misericordia", como lo hace el salmo, parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre. No es casual que el pueblo de Israel haya querido integrar este salmo, el grande *hallel* como es conocido, en las fiestas litúrgicas más importantes.

Antes de la Pasión Jesús oró con este salmo de la misericordia. Lo atestigua el evangelista Mateo cuando dice que "después de haber cantado el himno" (26,30), Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos. Mientras instituía la eucaristía, como memorial perenne de él y de su Pascua, puso simbólicamente este acto supremo de la revelación a la luz de

la misericordia. En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz. Saber que Jesús mismo hizo oración con este salmo, lo hace para nosotros los cristianos aún más importante y nos compromete a incorporar este estribillo en nuestra oración de alabanza cotidiana: “Eterna es su misericordia” (MV 7).

Sobra decir que *Misericordiae vultus* destaca que los signos que Jesús realiza tienen el distintivo de la misericordia, “sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes” (MV 8); que en las parábolas de la misericordia “Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia” (MV 9); que ante la multitud de personas que lo seguían, viendo que estaban cansadas y extenuadas, perdidas y sin guía, “sintió desde lo profundo del corazón una intensa compasión por ellas (Cf. Mt 9,36)” y que lo que en todas las circunstancias lo movía “no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales” (MV 8).

Señala, asimismo, que “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia” (MV 10), al tiempo que reconoce que “tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia” (Ibídem). Recuerda, entonces, que la misión de la Iglesia es anunciar la misericordia de Dios, haciendo suyo “el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir ninguno” (MV 12) y que “es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia” (MV 12).

A lo largo de su meditación sobre la misericordia, Francisco deduce conclusiones prácticas: “Como ama el Padre, así aman los hijos. Como él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros” (MV 9). O al recordar que “Jesús afirma que la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos” y que, por lo tanto, “estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia” (Ibídem). O la invitación de Jesús que recoge el evangelio de Lucas a ser misericordiosos, como el Padre es misericordioso (Cf. Lc 6,36) (Cf. MV 13). Y al subrayar que seremos juzgados en la misericordia:

Si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (Cf. Mt 25,31-45). Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración a nuestros hermanos y hermanas (MV 15).

Por eso Francisco propone redescubrir “las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos” (MV 13) y no olvidar “las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos” (MV 13). Y precisa, asimismo, que en quienes nos necesitan está Cristo:

En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga, para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado (MV 15).

4. El desafío de la misericordia

Amerindia Colombia, con la colaboración de Kaired, convocó a una minga teológica el 24 de septiembre de 2016 para poner en común experiencias de solidaridad y construcción de paz e interpretar dichas experiencias a la luz del desafío de la misericordia.

Además de integrantes de Amerindia Colombia estuvimos compartiendo en la minga teológica dos representantes de Kaired, Fernando Torres y Carlos Lima; la hermana Cecilia Naranjo, religiosa del Sagrado Corazón de Jesús, y Carmen Alicia Morales, integrantes de la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz; Rosalba Navarro, religiosa del Buen Pastor que trabaja

con prostitutas de la calle; Marta Lucia Gutiérrez, catequista en la localidad de El Voto Nacional; Luis Alfonso y Rosa Hernández y Carmen Morales, de “Casitas Bíblicas”,.

Como preparación al compartir de experiencias, los participantes profundizamos en la vivencia corporal que integra el sentimiento de misericordia con el sentimiento de indignación desde las entrañas, en la línea del principio – misericordia de la propuesta de Jon Sobrino.

Luego se compartieron experiencias. El testimonio de la catequista Marta Lucía Gutiérrez en relación con su trabajo con habitantes de la calle, de quienes dijo que siempre han sido utilizados, pero no se ha tenido compasión con ellos y subrayó la importancia de la escucha para conocer cuál es su situación y cuál es su historia. El testimonio de las integrantes de la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz en su acompañamiento a familiares de desaparecidos del Palacio de Justicia y a víctimas del despojo de tierras por grupos armados. El testimonio del trabajo de la hermana Rosalba Navarro con prostitutas de la calle en una zona donde imperan la impunidad, la falta de justicia, la ley del silencio por el miedo y la amenaza constante, pero donde también se siente “el dolor por la hermana y una mirada desde el sentir profundo lleva a la acción, a ponernos en los zapatos del otro y cargar a la espalda su dolor: ¿Cómo hacer un quinto evangelio leyendo esos rostros de los oprimidos?”. Por su parte los miembros de “Casitas Bíblicas” denunciaron los crímenes impunes en su sector y declararon: “¿Por qué decimos que no podemos hacer nada?... ¡Sí podemos hacer algo!”.

Fueron, todos, testimonios conmovedores que nos conmovieron las entrañas a quienes participamos en la minga teológica y que interpretamos a la luz de la parábola del hacer misericordioso –“... un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, al verlo, sintió compasión. Se acercó a él...” (Lc 10,25-37)– y de la institución del sacramento del encuentro con el prójimo –“Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron”– (Mt 25,35-45). Finalmente volvimos a interpretar las experiencias compartidas desde una selección de textos de la bula de Francisco *Misericordiae vultus* que nos sirvió de telón de fondo para la reflexión teológica y para la elaboración del mural en el que el artista Carlos Lima iba expresando los aportes de los participantes.

5. Redescubramos la sacramentalidad de la misericordia

Como profesora de teología sacramental a lo largo de más de treinta años, abordé la sacramentalidad de Jesús, la sacramentalidad de la Iglesia y la sacramentalidad del prójimo, obviamente además de los siete signos sacramentales eclesiales, insistiendo en que gracias a dicha sacramentalidad la salvación de Dios se hace presente en la historia y en la vida de los y las creyentes. Tenía claro que Jesús transparenta a Dios, es sacramento del Padre Dios; que la Iglesia es sacramento del Resucitado; que la experiencia de encuentro con quien nos necesita es sacramento de Cristo y sacramento de salvación. Debí haber escrito: sacramento de misericordia. Pero –perdón que lo repita– no abordé la sacramentalidad de la misericordia, que es lo que a continuación me propongo, recogiendo la invitación de Francisco a redescubrir la misericordia y tomando como punto de partida mis apuntes de clase (*Teología de los sacramentos. Experiencia cristiana y lenguaje sacramental eclesial*) para revisar y replantear conclusiones en las que pasé por alto el tema de la misericordia.

En cuanto a la sacramentalidad de Jesús de Nazaret, escribí: “La intención del Nuevo Testamento al confesar que Jesús es el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios, es demostrar que en este hombre se hace presente la salvación de Dios, que sus obras y palabras transparentan a Dios, que en él Dios se comunica, se revela. Que es, en el lenguaje contemporáneo, el sacramento de Dios porque hace posible nuestro encuentro con Dios” (135). Mis principales fuentes eran el teólogo holandés Edward Schillebeeckx, que en su libro *Cristo, sacramento del encuentro con Cristo*, escribió: “El encuentro humano con Jesús es el sacramento del encuentro con Dios. Los actos salvíficos humanos de Jesús son ‘signo y causa de gracia’, son el don divino de la gracia en una manifestación humana visible” (32); también el brasileño Leonardo Boff que en su libro *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, dice: “Cristo es el lugar del encuentro por excelencia, ya que en él, Dios está de forma humana y el hombre de forma divina. Quien dialogaba con Cristo se encontraba con Dios” (41-42). Y ni Schillebeeckx ni Boff se refirieron a la sacramentalidad de la misericordia.

Desde el redescubrimiento de la misericordia quisiera haber escrito que en Jesús se hace presente –se manifiesta, se visibiliza, se revela– la misericordia de Dios, que sus obras y palabras transparentan la misericordia de Dios. Como lo registran las páginas del Nuevo Testamento: cada encuentro con Jesús, que es encuentro de salvación, es encuentro con la misericordia del Padre

Dios. Y como la teología del cuarto evangelio afirma y proclama, las palabras de Jesús son las palabras del Padre –“el que ha sido enviado por Dios, habla palabras de Dios” (Jn 3,34a); “las palabras que ustedes están escuchando no son mías sino del Padre, que me ha enviado” (Jn 14,24)– y sus obras transparentan las obras del Padre: “si ustedes me conocen a mí, también conocerán a mi Padre y ya lo conocen desde ahora pues lo están viendo” (Jn 14,7); “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9). Es decir, las acciones salvíficas de Jesús transparentan –transignifican– las acciones salvíficas de Dios.

Había escrito, también, que “aunque la palabra sacramento no pertenece al vocabulario neotestamentario, en Jesús lo humano transignifica lo divino desde la perspectiva de la fe eclesial y desde la historia de la salvación como horizonte de comprensión y de expresión” (155). Faltó decir que el hacer misericordioso de Jesús es manifestación del hacer misericordioso del Padre Dios y, por consiguiente, que Jesús es sacramento de la misericordia de Dios.

En cuanto a la sacramentalidad de la Iglesia, recogí en mis apuntes la eclesiología de la segunda mitad del siglo XX, principalmente de autores como De Lubac (*Meditación sobre la Iglesia*), Semmelroth (*La Iglesia como sacramento original*), Rahner (*La Iglesia y los sacramentos*) y Schillebeeckx (*Cristo, sacramento del encuentro con Dios*), quienes, desde la reflexión neotestamentaria de la experiencia eclesial de encuentro con el Resucitado señalaban que la Iglesia prolonga en la historia la salvación de Cristo: “esta propiedad de Cristo como sacramento de Dios, nos sitúa frente a un problema a partir del momento en que Jesús, en virtud de su resurrección y glorificación, desapareció de nuestro horizonte visible” (62), escribió Schillebeeckx y concluía que la Iglesia es “prolongación terrestre del cuerpo del Señor” (64). También Boff reconocía la sacramentalidad de la Iglesia: “Así como Cristo era el sacramento del Padre, así también la Iglesia es el sacramento de Cristo que continúa haciéndose palpable a través de ella, a lo largo de la historia” (44-45). Y la eclesiología del Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen Gentium* definió la Iglesia “como un sacramento, es decir, como signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1) y, en la constitución *Gaudium et spes*, como “sacramento universal de salvación que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios” (GS 45).

Le faltó al Concilio, más interesado en destacar otros aspectos, hacer referencia a la sacramentalidad de la misericordia. A la que tampoco se refirió el Documento de Puebla, que destacó el compromiso de la Iglesia de ser sacramento de comunión: “Así, en fidelidad a su

condición de sacramento, trata de ser más y más signo transparente o modelo vivo de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar” (DP 272).

Kasper aborda el tema de la dimensión eclesial de la misericordia en el capítulo “La Iglesia, sacramento de la misericordia” (*Desafío* Loc 410) y, recordando Vaticano II, deduce que es instrumento de la misericordia de Cristo y debe “hacer visible a Cristo misericordioso” (Loc 414), lo que lo lleva a afirmar:

Desde la perspectiva de la misericordia se perfila una triple misión de la Iglesia: debe predicar la misericordia; debe celebrar la misericordia en la liturgia de los sacramentos, sobre todo en el sacramento de la penitencia y en la liturgia eucarística; y debe practicar la misericordia en la praxis pastoral (Loc 426).

Por último, en cuanto a la sacramentalidad del encuentro con el prójimo, siempre me he preguntado por qué no se incluyó en el septenario sacramental, a pesar de que junto con la eucaristía son los únicos sacramentos instituidos por Jesús en los evangelios (Cf. Mt 25,35-45), siendo este criterio fundamental para la definición medieval de sacramento. Tampoco se abordó entonces la sacramentalidad de Cristo y de la Iglesia, porque la sacramentalidad de la salvación se entendía ligada a unos ritos. Pero la sacramentalidad del encuentro con quienes nos necesitan debería ser tan evidente como la sacramentalidad de los siete signos sacramentales eclesiales definida solemnemente en Trento. El sacramento del encuentro con el prójimo, querido y proclamado por Jesús, es, en la mediación eclesial, portador de salvación porque es portador de misericordia: “Vengan, ustedes, los que han sido bendecidos de mi Padre” (Mt 25,34).

Escribí entonces en mis apuntes de teología sacramental: “A los campesinos reunidos en Mosquera (Colombia) con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de 1968, les dijo el papa Pablo VI: ‘Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la Eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino’. Estas palabras del papa Pablo VI recuerdan la sacramentalidad del ser humano, como la entendió el Antiguo Testamento al reconocer a todo hombre y a toda mujer como imagen y semejanza de Dios (Cf. Gen 1,26) y la interpretó el Nuevo Testamento al reconocer que el necesitado hace visible a Cristo, lo hace perceptible, transparenta –transignifica– la presencia del Resucitado: es sacramento de Cristo” (173). Tal como aparece en

la descripción apocalíptica del “último día” (Cf. Mt 25,35-36), Jesús se identifica con quienes tienen hambre y sed, con los forasteros y con los que pasan frío, con quienes padecen enfermedad o están en la cárcel, en una palabra, con quienes sufren y esperan nuestra solidaridad: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo – a mí, traduce la Biblia de Jerusalén– me lo hicieron” (Mt 25,40).

El Documento de Puebla tomó en serio esta sacramentalidad cuando reconoce “los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela” (DP 31) en los rostros de niños golpeados por la pobreza, de jóvenes desorientados, de indígenas marginados, de campesinos relegados y explotados, de obreros mal retribuidos y con dificultad para organizarse y defender sus derechos, de subempleados y desempleados, de marginados y hacinados urbanos, de ancianos (DP 32-39). Y ese rostro de Cristo aparece también –dice el mismo Documento– en el hijo: “en el rostro del niño que se desea y se trae libremente a la vida” (DP 584). También Francisco, en *Evangelii gaudium*, declara esta sacramentalidad:

La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros: “Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños lo hicisteis a mí” (Mt 25,40). Lo que hagamos con los demás tiene una dimensión trascendente (EG 179).

Para reflexionar

Para una reflexión final he escogido algunas de las preguntas que plantea Walter Kasper en su libro *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*:

¿Cómo podemos responder a la misericordia de Dios en nuestra forma de actuar? ¿Qué significa el mensaje de la misericordia de Dios en nuestra forma de actuar? ¿Qué significa el mensaje de la misericordia para la praxis de la Iglesia y cómo podemos hacer que resplandezca en la vida de los cristianos y de la Iglesia el fundamental mensaje de la misericordia divina? (Loc 553).

Bibliografía citada

- Boff, Leonardo. *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*. Bogotá: Indoamerican Press, 1988.
- Corpas de Posada, Isabel. *Teología de los sacramentos. Experiencia cristiana y lenguaje sacramental eclesial*. Bogotá: San Pablo, 1995.

- De Lubac, Henri. *Meditación sobre la Iglesia*. Bilbao: DDB, 1958.
- Francisco. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del 24 de noviembre de 2013.
- Francisco. Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia *Misericordiae vultus* del 11 de abril de 2015.
- Francisco. Exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* del 19 de abril de 2016.
- Francisco. *El nombre de Dios es misericordia. Una conversación con Andrea Tornelli*. Barcelona: Planeta, 2016. E-book.
- Ivereigh, Austen. *El gran reformador*. Barcelona: Ediciones BSA, 2015. E-book.
- Johnson, Elizabeth A. *Rico en misericordia. Teología al servicio del pueblo de Dios*. Maliaño (Cantabria), España: Sal Terrae, 2016.
- Kasper, Walter. *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Maliaño (Cantabria), España: Sal Terrae, 2015. E-book. Primera edición: 2013.
- Kasper, Walter. *El desafío de la misericordia*. Maliaño (Cantabria), España: Sal Terrae, 2016. E-book.
- Léon-Dufour, Xavier. *Vocabulario de Teología Bíblica*. Barcelona: Herder, 1967.
- Martínez, Víctor. “Testigos del amor misericordioso de Dios”. *Vida Nueva* [Colombia] 154 (2-15/10/2016): 23-30.
- Ortiz, Pedro. *Concordancia Manual y Diccionario griego español del Nuevo Testamento*. Madrid: Sociedades Bíblicas, 2001.
- Pérez Prieto, Victorino. *Con cuerdas de ternura. Para un encuentro con el Dios de Jesús de Nazaret*. Madrid: Narcea, 2002.
- Pikaza, Xavier; y Pagola, José Antonio. *Entrañable Dios. Las obras de misericordia: hacia una cultura de la compasión*. Estella: Editorial Verbo Divino, 2016.
- Rahner, Karl. *La Iglesia y los sacramentos*. Barcelona: Herder, 1964.
- Schillebeeckx, Edward. *Cristo, Sacramento del encuentro con Dios*. Burgos: Dinor, 1971.
- Semmelroth, Otto. *La Iglesia como sacramento original*. San Sebastián: Dinor, 1963.
- Sobrino, Jon. *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*. Santander: Sal Terrae, 1992.
- Vázquez Jiménez, Rafael. “La misericordia, viga maestra de la Iglesia”. *Vida Nueva* [Colombia] 151 (7-20/08/2016): 23-30.